

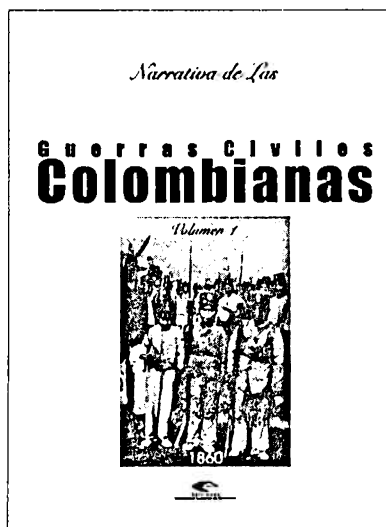
Universidad Industrial de Santander

Nueva colección dedicada a la narrativa de las guerras civiles colombianas

La Universidad Industrial de Santander (Uis) acaba de embarcarse en un proyecto de largo aliento: reunir y reeditar hasta donde sea posible la narrativa de las guerras civiles colombianas, comprendidos cuento, novela, crónica y diarios de combatientes y civiles. Resultado de este propósito es la aparición de un primer volumen con tres novelas que tienen por marco la guerra de 1860. Ellas son *Recuerdos del Hospital Militar*, del bogotano Pedro Pablo Cervantes, *Soledad*, del bugueño Luciano Rivera y Garrido, y *Mercedes*, del sonsoneño Marco Antonio Jaramillo. La primera de estas fue escrita en 1861 y publicada 1878, la tercera vio la luz en 1907.

El camino en la sombra, novela de José Antonio Osorio Lizarazo que narra las vicisitudes de una humilde familia bogotana auxiliadora de la guerrilla liberal durante la contienda de los Mil Días, fue Premio Esso en 1963. La Uis busca incluirla en su colección porque, al contrario de la mayoría de sus congéneres, el objetivo de esta novela es mostrar cómo los seres más insignificantes se agigantan en medio de los desafíos y las penalidades que les depara el evento de la guerra. El segundo volumen de la colección de la Uis, está dedicado a la guerra de 1895 e incluirá una novela publicada recién en el 2001, lo que nos está diciendo que las novelas de las guerras civiles se han escrito a lo largo de más de un siglo y medio de conflictos y se siguen escribiendo.

Novelas escritas por autores que tomaron parte en los sucesos o que al menos los presenciaron, novelas escritas por autores que buscaron sus fuentes en la memoria familiar o regional, novelas vividas y novelas oídas. ¿Cuál es entonces el criterio de escogencia de estos materiales? En general, toda la narrativa colombiana tiene referencias a la guerra; el impacto de la contienda civil está registrado en ella como los movimientos de la corteza terrestre en un sismógrafo. Hay guerra civil en *Cien años de soledad* de García Márquez, en *Celia se pudre* de Rojas Herazo, en *Catalina de Elisa Mújica*. Por esto mismo puede decirse que de alguna manera la narrativa de las guerras civiles son casi todas las obras



literarias escritas en Colombia. Los investigadores de la Uis que abocaron el proyecto se atuvieron al inefable deber señalado por David Jiménez Panesso de "introducir un cierto orden dentro de la literatura: establecer secuencias de escritores y obras, componer familias intelectuales, señalar las tendencias comunes y los caminos dispares"¹.

Los historiadores se han puesto más o menos de acuerdo en que el término *guerra civil* debe aplicarse a las confrontaciones nacionales que llevaron a los colombianos a destruirse unos a otros desde el momento en que nos emancipamos de España hasta el fin de la contienda de los Mil Días. Sin embargo, este interregno resulta ambivalente. Ya antes de emanciparnos de España, apenas sucedido el grito de independencia del 20 de julio de 1810, los entonces llamados granadinos fueron a una guerra, la librada entre los centralistas presididos por Nariño y los federalistas de Baraya. Y después de los Mil Días vivimos la llamada Violencia, considerada por muchos otra guerra civil no declarada. Tampoco existe acuerdo en cuanto al número de guerras civiles nacionales. Unos dicen que 7, otros que 9,

otros que 23. Los antologistas de la Uis han decidido recopilar las piezas que corresponden a los conflictos ubicados en el primer período señalado, incluyendo, desde luego, la tremolina de la Patria Boba como la primera guerra civil. El hecho práctico de que la narrativa del período de La Violencia ha sido reconocido, estudiado y recopilado como un capítulo específico de nuestra literatura, exime a los editores de entrar en discusiones acerca de si esta etapa de la historia nacional debe considerarse o no una guerra civil.

La misma ambivalencia puede alegarse al momento de escoger el criterio principal que define la agrupación de una nueva familia. Los editores sostienen que las novelas de las guerras civiles serían aquellas donde el objetivo del autor parece haber sido antes que nada referirnos el conflicto, "aquellas donde la guerra lo decide todo: la suerte, el destino, el idilio, la vida o la muerte de los protagonistas". Los márgenes, sin embargo, siguen siendo caprichosos y discutibles; cualquiera puede levantar una nube de objeciones. Mejor resulta admitir que estas novelas existen, están ahí; agruparlas y reeditarlas redundaría en el buen suceso de rescatar una serie de obras que de otra manera continuarán rodando y figurando como piezas sueltas. Pero, ante todo, clasificarlas como una categoría específica permitirá someterlas al análisis de los especialistas, ofrecerlas al público, difundirlas ampliamente. Ya el primer tomo nos trae la noticia de que la guerra de 1860 ha merecido el honor de tres novelas. Los mexicanos dieron este tratamiento a las novelas de su revolución y no sólo las agruparon y publicaron en colecciones especiales, sino que establecieron la cátedra de La Novela de la Revolución Mexicana desde hace varios decenios. En Colombia, mientras la literatura de La Violencia ha sido clasificada como tal, la de las guerras civiles no ha recibido ese beneficio. Esta es la razón esencial para que los antologistas de la Uis se propongan editar un número cercano a dos docenas de novelas cuyo denominador común es la guerra civil, junto con una abundante narrativa menor expresada en cuentos y crónicas, así como también los diarios de soldados y civiles llevados en torno al conflicto.

¹ David Jiménez Panesso, *Historia de la crítica literaria en Colombia*, Bogotá, Centro Editorial, Universidad Nacional, 1992, pág. 9.

No se trata de que esta narrativa acabe de ser descubierta. Esta narrativa siempre estuvo ahí. Hugo Ruiz habló de ella en *Textos para conciliar el sueño*, también Uriel Ospina y otros investigadores. Lo que ocurre es que la crítica siempre la miró con recelo y nunca aceptó darle el rango de objeto estético, aspecto en el que parcialmente puede tener razón. Frente a la literatura de La Violencia se experimenta en muchos casos la certidumbre de que las obras han sido malogradas por su excesiva crudeza, por la vulgaridad del lenguaje con que han sido expresados los sentimientos de dolor y de odio, de ultraje y venganza. La literatura de las guerras civiles, cuyos frutos iniciales corresponden a una época en que el oficio literario apenas estaba naciendo, despierta la valoración negativa que acompaña lo que ha sido pobremente resuelto. Autores poco conocidos, pobres novelas, justo olvido, más o menos ésta ha sido la mecánica. Pero proceder así es tanto como desechar las 30 biografías de los emperadores romanos compuestas por los autores de la *Historia Augusta*, con el argumento de que su valor literario es escaso.

Quien se interne en la antología de la Uis descubrirá que hay muchas más cosas aquí, muchas visiones, variados testimonios. El suceso narrado, la historia contada, puede ser una y común en todas las obras: el drama de la guerra. Pero los temas abundan. Los narradores de la contienda civil nos hablan de los motivos que arrastran a sus protagonistas a la guerra, en unos casos voluntario, en la mayoría forzado; de la tragedia del recluta, los procesos de ruptura y reconciliación de las comunidades, los diferentes grados de participación de la mujer, las visiones ideológicas de los contendientes, el pundonor, el trato a los prisioneros, las condiciones de la lucha, la desertión, el desplazamiento, el retorno al hogar; mil enfoques y detalles de un mundo que escasamente llegó a ser registrado por procedimientos modernos distintos a los de la escritura.

El Departamento de Publicaciones de la Uis ha publicado (noviembre) ya el segundo tomo de su colección, dedicado a la guerra de 1895. Esta contienda ha sido inscrita en la historia colombiana como una

guerra nacional por dos hechos específicos: primero, porque las condiciones que la gestaron servirán de marco igualmente a la de los Mil Días, cuatro años después. Por ello se dice que la del 95 fue un simple prólogo de la del 99. Segundo, por la sangrienta batalla de Enciso. Aunque la contienda del 95 fue un breve disturbio y sus choques iniciales simples escaramuzas, la batalla donde vino a resolverse, en las cercanías del pequeño pueblo de Enciso, en la provincia de García Rovira, territorio del departamento de Santander, es una de las más sangrientas de todas nuestras guerras civiles. Los editores de la Uis han recogido en este tomo la novela *El amor y la derrota*, del escritor santandereano Hernando Pedro Ordóñez, dos famosos paliques del escritor y poeta Ismael Enrique Arciniegas, *Palique sobre el papelito* y *Palique sobre la rendición en Capitanejo*, así como otros materiales y crónicas, los cuales giran alrededor del trágico episodio de la batalla de Enciso.

La investigación, compilación y los estudios críticos han sido adelantados por Gonzalo España, Arbey Atehortúa y Mario Palencia Silva.

Bucaramanga, 2003